

Por un perro



Angélica ajustó el collar para que no se soltara al primer jalón, luego abrió la puerta y Yoggy la arrastró gradas abajo apresurado por su necesidad de descargar la vejiga y olisquear orines de otros perros.

Este es el momento más odiado por Angélica, aunque ya esté resignada a pasear al perro de su marido por la orilla del río, mientras él descansa la rumba de la noche anterior. Este oficio, además de ser durísimo para su frágil anatomía femenina, es de una monotonía insoportable. En cada árbol, en cada piedra hay que detenerse para que Yoggy huela, levante su pata, emita unos cuantos orines y escarbe. El mismo recorrido, los mismos árboles, los mismos jalones y, ella, pacientemente, detrás del perro, jalada por el perro, detenida observando al perro, mientras el marido ronca en su cama.

Nada hay nuevo en estos paseos, a no ser esporádicos encuentros con otros machos que despiertan la furia de Yoggy y hacen, aún más difícil, retenerlo.

Hoy todo transcurre igual. Avanzan sin novedad cumpliendo su ritual. Sólo Angélica está distinta, se levantó cansada gracias a que su esposo la despertó al amanecer, borracho, reclamando su cuerpo para satisfacerse en un orgasmo unilateral. Así que, después de cerciorarse de que no hay ningún contrincante perruno en los alrededores, Angélica liberó a Yoggy y se sentó a descansar bajo un samán, acompañada por el murmullo de las escasas aguas que en esta época le quedan al río. Distráida, absorta en sus pensamientos, se olvidó del perro hasta que unos latidos lejanos la volvieron a la realidad.

¡Yoggy! ¡Yoggy! ¿A dónde se fue?. Que estupidez haberlo soltado. ¡Carajo!, ¿Dónde está ese animal?.

Estaba lejos, al otro lado del río, corriendo detrás de una perra callejera.

¡Ay, dios mío! Si se pierde, mi marido me mata. Y arrancó a perseguirlo. Atravesó por el puente más cercano, recorrió varias cuadras llamándolo sin encontrarlo. En un impulso, sin pensarlo, se montó en un bus que pasaba, vestida como estaba con trusa, tenis y una cachuchita roja que la protegía del sol, un atuendo reservado al gimnasio o a los paseos. Así llegaría más lejos y más rápido, se dijo justificando su imprudencia.

El bus avanzó hacia el centro alejándola de su casa pero no encontró ni rastros del perro. Sin embargo siguió montada en ese vehículo, un bus viejo y destartado, con un conductor malgeniado que le pitaba a todo el que se atreviera a adelantarlo y frenaba sin compasión para recoger pasajeros en la mitad de la calle. Frente al timón, la típica imagen del Che, una lámina de la virgen del Carmen, lucecitas de colores y el escudo del glorioso Deportivo Cali y por supuesto: la radio a todo volumen. La ciudad, desde el bus, parecía otra, distinta, con caras extrañas, con modos distintos, era como si apenas ahora empezara a conocerla, por eso esta experiencia resultaba una atrevida aventura, un escape como el de su perro. Se dejó llevar, curioseando por la ventana y terminó tarareando la letra del vallenato, poco conocido pero muy pegajoso, que sonaba en el bus...

«Si yo tuviera pa' comprar tu amor, yo lo compraba, yo lo compraba y cuando estuviéramos en lo mejor, yo te dejaba... yo te dejaba.»

El final del vallenato fue como una orden para terminar su recorrido. Se bajó. Había llegado hasta el corazón de la ciudad, en una de esas calles ruidosas, con bares, casas de mala muerte, salones de juego, bingos, billares, mendigos, puestos de frutas, fritangas y una masa informe de gentes que se empujan unas a otras por los andenes, tratando de esquivar al mismo tiempo a los vendedores ambulantes y a los carros.

En medio de esta algarabía, del gentío, anduvo por las calles, observando de cerca ese mundo peculiar, que

le era tan extraño. La música estaba presente en cada paso, cada local, cada almacén: cada bar tenía su propia melodía a un volumen tan alto que los sonidos se fundían en una sola canción hecha de fragmentos de salsa, vallenato, tangos, boleros... retazos que se iban armando a medida que avanzaba frente a bares y almacenes.

«Que todo, que todo, que todo el mundo te baile...que todo el ...»

«Para andar metido entre tus pechos...»

«Desde que te marchaste, dormir casi no puedo»

«En una cantina lo encuentree ... en una canti...»

«Quihubo, quihubo, quihubo linda...»

Fue este último trozo, una canción de Diomedes, que la atrajo hacia el barcito, para terminar de oírla. Adentro el calor era distinto, más ácido, más oscuro, con una cierta humedad fresca, revuelta de olores, humo y sudores. A esa hora, casi mediodía, la clientela era poca de manera que en contraste con la bullaranga de la calle este sitio parecía un remanso de paz, donde se refugiaban los amanecidos.

Se acomodó en una mesita en el centro del salón, hizo una seña para que la atendieran y sin perder el porte y la elegancia pidió agua a una muchachita desgarrada, de minifalda y delantal. La mesera la miró extrañada.

¿Agua? ¿Del tubo? Le preguntó incrédula.

Nooo, de botella, del tubo nunca tomo, respondió Angélica, como si fuera la cosa más normal del mundo que una señora, después de hacer spinning o trotar por la orilla del río, entrara a pedir agua a un bar de mala muerte en una de las calles más dudosas de la ciudad. Pero la seguridad de Angélica desarmó a la mesera que levantó los hombros en un gesto de «no me importa» y se fue. Poco después regresó.

Tengo agua en bolsa, si le sirve. Y se la tiro enfrente con cierto desprecio.

Sirve, contestó Angélica.

De pronto una mano masculina le quitó la bolsa y le entregó una botella de cerveza bien fría. Un joven acuerpado, de ojos grandes, piel oscura, vestido con camiseta esqueleto y pantaloneta deportiva, se sentó a su lado y colocó con firmeza sobre la mesita otra cerveza helada, como retándola a una competencia.

Aquí no tomamos agua, señorita, a no ser para pasar el guaro. Este calor se aguanta mejor con una «pola» bien fría, ¿No le parece?

Angélica, que había perdido la noción del tiempo,

del espacio y de su propia condición, aceptó pasivamente y se dejó acompañar por el muchacho. Una cerveza, dos cervezas, muchas más siguieron.

Rodolfo, así se llamaba el muchacho, trabajaba en vigilancia, había salido de su turno esa madrugada y volvería al trabajo en veinticuatro horas. La había visto entrar y la siguió por la curiosidad de saber qué podría estar haciendo una mujer como ella en un sitio como este. Ahora se reía con una linda sonrisa del arrojito de Angélica. No pidió más explicaciones, le bastaba que ella lo hubiera aceptado como su compañero de mesa, una compañía que resultó muy agradable, compartiendo historias y sueños como si fueran viejos amigos. Hablaron de música, de vallenatos, de Diomedes, de Carlos Vives y de este calor que solo se mitiga con cerveza.

Por la tarde salieron del bar rumbo a una discoteca a bailar la música de la que habían hablado. En el baile sus cuerpos se tocaron, el sudor del uno se juntó al del otro y los músculos fuertes del muchacho hicieron erizar la piel de Angélica.

Bailaron mucho, apretándose con pasión en los vallenatos más sensuales y soltándose para improvisar pasos en la salsa alegre y resbalona. Pero no se alejaron ni un minuto, ni siquiera cuando otros hombres le solicitaron a Angélica que les concediera una pieza. Rodolfo miraba con seriedad al tipo y negaba el permiso.

Ella está conmigo, compañero». Y con esto bastaba para alejar al rival.

Las luces cambiaban con los ritmos, algunas veces eran multicolores y giratorias, otras tenues y sensuales como un atardecer encerrado en cuatro paredes y por momentos se encendían intensas, dejándolos al descubierto y recordándoles quienes eran, como eran y dónde estaban. Sin embargo el tiempo no importaba, el mundo externo no existía, sus responsabilidades familiares y laborales estaban olvidadas, todo se concentraba en sus cuerpos, en este minuto feliz, acompañado por aguardiente, gajos de naranja y soda fría.

Después de muchas horas, exhaustos pero felices, se detuvieron a tomar un respiro y fue entonces, en la mesa, cuando Rodolfo deslizó su mano sobre el muslo de Angélica y fue subiendo hasta llegar a su sexo, recorriendo la trusa ceñida al cuerpo de esa mujer que como caída del cielo había llegado hasta el bar. Angélica lo dejó y lo gozó. Allí en ese sitio nadie la conocía, a

nadie le importaba su vestido, su compañía, su nombre. Eran seres anónimos que se necesitaban y se complacían.

Bailaron más, bebieron más y se tocaron más, hasta que el deseo creció tanto que tuvieron que enfrentarlo.

Dejaron el bar y ya afuera, de noche, Rodolfo la jaló calle abajo, con urgencia y Angélica lo siguió obediente, sin preguntar nada, llena de esa curiosidad que desde la mañana estaba sintiendo por la vida.

Llegaron hasta un hotelucho donde la casera los miró con una sonrisa malévola y rozó el sexo de Rodolfo con la mano extendida como queriendo medir la firmeza de sus deseos.

Quieta, vieja puta, que tengo mucha mejor compañía que vos, y se llevó a Angélica gradas arriba a un cuartucho estrecho hasta donde se filtraba la música por una ventana de vidrios oscuros de mugre.

Allí le arrancó la ropa, la miró extasiado, pasando revista sobre su cuerpo, como cerciorándose de que no faltara nada y luego se arrodilló ante ella, tratándola como a una diosa. Comenzó a besarla suavemente, despacito, primero sin tocarla, solo rozándola con los labios sin pedirle nada a cambio, luego la arrojó sobre el catre para seguir mirándola y permitir que ella lo mirara, que descubriera su cuerpo, su pene erguido.

Nada ni nadie podría sacarla de allí, nada podía hacerla regresar a su rutina. Sentía la felicidad de su fuga, la ansiedad de ser penetrada, el gusto infinito de esa penetración y la necesidad de una recompensa por sus largos años de tedio.

Rodolfo se le tendió encima haciendo alarde de sus cualidades físicas, con una increíble comprensión de la naturaleza femenina, como si solo estuviera allí para satisfacerla, para darle toda la pasión que le faltaba y todo el placer que le debían. La besó una y mil veces, lamiéndole todo el cuerpo, haciendo que oleadas de calor le subieran hasta las mejillas en un placer que ya casi, casi la llevaba al éxtasis... y cuando su lengua húmeda subió hasta su cara, de repente Angélica sintió asco de sus babas, de ese torrente de babas en que parecía haberse convertido su amante.

«¡Yoggy! ¡Quítese!, deje de lamerme, perro imbécil».

El perro había regresado de su fuga hacia el placer y se lo agradecía con grandes lambetazos en la cara. Lambetazos que la sacaron del sueño, de su escape fantasioso hacia el mundo sórdido de una cantina, hacia

su propio mundo insatisfecho, hacia sus deseos prohibidos.

Angélica se levantó como un resorte, mirando a todos lados para constatar que en realidad nunca se había movido de allí. Y ¿Rodolfo? ¿Qué pasó con la música? Y ¿la cama y las caricias?... Nada, su mundo de ensueño se desvaneció, dejándola insatisfecha e incompleta. Al frente la esperaba la elegante portería de su edificio, su alcoba fresca y los ronquidos uniformes de su marido. Tendría que volver con él, sin Rodolfo, sin la pasión que llegó a sentir en esa maravillosa ensoñación.

Con rabia le colocó la cadena de nuevo a Yoggy y subió resignada, sin dejar de sentir el calor de las manos de Rodolfo, tanto que tuvo que detenerse a recuperar la calma antes de entrar al apartamento. Tenía miedo de seguir. Dudó, pero sin razón y si fuerzas para quedarse afuera abrió la puerta y soltó a Yoggy que corrió a la alcoba de su amo.

Desde allá, desde esa alcoba de la que se había fugado, llegó la voz ronca del esposo. ¡Miiiija! Decile a la empleada que me aliste el desayuno, que ya me voy a levantar.

Angélica quedó en suspenso con la cadena del perro entre las manos, sin atreverse a nada, ni a entrar, ni a salir, hasta que el marido apareció en calzoncillos, despeinado y con un tufo que revelaba el tamaño de la bébiza de la noche anterior.

Quihubo, miija, casi no vuelve. Dijo sin siquiera mirarla y pasó de largo hacia la cocina buscando el desayuno.

Eso era todo lo que necesitaba. Buscó un papel, garabateó nerviosa unas pocas letras con un lápiz y llamó a Yoggy que llegó de inmediato, convencido de que habría más paseo, pero en cambio ella le metió el papel entre el collar y salió cerrando la puerta sin hacer ruido. Desde adentro alcanzó a escuchar otra vez a su marido que gritaba:

Miiiija, que le pasa que no viene a desayunar...

Pero no respondió, por el contrario aceleró el paso, bajó a la calle y se montó en el primer bus que pasó, por cierto muy parecido al que se había soñado. Mientras tanto, arriba, el marido descubrió el papel en el collar de Yoggy, lo desenrolló y lo leyó curioso.

Querido: por un perro me voy de la casa.

Paula Sinfuegos